

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE OLIVARES

27 de Marzo de 2009

Desde la zarza encendida
de incandescentes almendros
vuelve cada primavera
a hablarle Dios a su pueblo.
Yo soy el Dios de tus padres,
descálzate olivareño,
el Dios de Abraham y Jesús,
de lo antiguo y de lo nuevo,
de los que aún no han nacido,
de los que viven y han muerto.
Soy el Creador de esta tierra
en la que yo me recreo,
elevado paraíso
donde brotó de mis dedos
el trigo que te alimenta,
pon tu rodilla en el suelo
que voy a sellar contigo
una alianza con fuego
y la sangre de mi Hijo,
el inocente cordero
que va a morir en la cruz
por salvarte, olivareño.
Ya llegó otra primavera,
contempla y guarda silencio.
Por las calles de Olivares,
llevado por costaleros
con la cruz sobre su hombro
pasa Jesús Nazareno.
Va camino del Calvario
que hay en cada hermano vuestro
para morir por vosotros
amándoos hasta el extremo.
Tú lo esperas en el Porche
bajo un manto de luceros
que vuelva otro Viernes Santo
entre tambores de duelo
y cornetas desgarradas
a desgarrar los recuerdos
que regresan asombrados
al postigo de los sueños.
Ya llegó otra madrugada,
descálzate olivareño.
Yo soy el Dios de tus padres

los que hace siglos quisieron
confesar su fe cristiana
haciéndose cirineos
y llevar la cruz de Cristo
vestidos de nazarenos.
Yo soy el Dios que tú invocas
y este es mi Hijo, el Eterno
por obediencia hecho hombre
para salvar a mi pueblo.
Si quieres seguir sus pasos
ya sabes cual es el precio
amar y morir amando
por todos los que lo hirieron,
amar con la cruz a costas
de quienes se la pusieron,
amar herido de muerte
a todos los que lo hirieron,
morir y amar perdonando
a quienes lo envilecieron,
amar y morir amando
a quienes no lo quisieron,
amar y morir contigo
pero siempre El el primero.
Ya volvió la primavera,
en la zarza del almendro
incandescente le habla
el mismo Dios a su pueblo
Arrodíllate cristiano,
calla y reza olivareño
con la cruz de tus pecados
pasa Jesús Nazareno

SALUTACIÓN

Rvdo Sr cura párroco, Excmo Sr alcalde, dignas autoridades, Hermano Mayor y Junta de gobierno de la Hermandad y Cofradía de nazarenos de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santo Entierro de Cristo y Ntra Sra de los Dolores en su Soledad. Hermanos mayores y representantes de las Hermandades de Vera Cruz y de Ntra Sra del Rocío, hermanos y amigos todos de esta noble, antigua, fiel, alta y cristiana villa de Olivares.

Gracias ante todo a la Hermandad, especialmente a su hermano mayor y al pueblo de Olivares, por vuestra amabilidad y por la confianza que me habéis otorgado. Gracias Nieves por tu presentación y sobre todo por tu cariño y también a toda tu familia. Esta noche, tradicional víspera del septenario, estoy aquí cumpliendo un deber

de amistad y de fidelidad a la Señora; a su amparo y a vuestra benevolencia me encomiendo a fin de que mis palabras sirvan para la mayor gloria de Dios y del hospitalario pueblo de Olivares.

OLIVARES

Olivares, ciudad ducal, cuna de nobles y grandes de España; la Iptuci romana, la antigua Turculina en la cumbre del “as saraf” que los Guzmanes hicieron capital de su condado, cielo de olivos, palacio y abadía. Huerta de Hércules, campo generoso cubierto de aceitunas y de higueras, de casas blancas y fragantes bodegas, acopiadora de estacas, frutales y molinos aceiteros, pósito y abasto de Sevilla. Olivares humana y amiga, afanosa, acogedora y servicial, donde hay tiempo para todo, para el trabajo y para la fiesta, para la alegría y para la amistad. Olivares alquería y condado, capilla y capellanía, parroquia y abadía, relicario excepcional, primor y joya del mejor barroco sevillano, la más bella y la más dotada y la más propia y la más rica que ninguna otra ciudad del Aljarafe; tesoro de la fe y de la historia: Montañés, la Roldana, Zurbarán, Valdés Leal, Juan de Roelas.....

Olivares de labradores e hidalgos, de duques y de escuderos, de pobres y poderosos, de abades, canónigos y arcedianos, de acólitos, pertigueros, celadores y sacristanes. Olivares de vísperas y misas solemnes en la Colegiata con acordes de órgano y ternos de tisú pero también de ayunos y de silencios, de largas jornadas de labor de sol a sol en los campos; de miseria y de sequía, de soledades y hambre cuando el cielo cerrado y seco os negaba el pan y el agua.

Olivares de las magnas procesiones y sobrecogedores funerales pero también la de la fe popular y sencilla con la que la ciudad vibra cada Semana Santa y cuando los romeros salen camino el Rocío y en la procesión del Corpus y en las fiestas de la patrona. Olivares sorprendente que te embelesa en el salón de una casa con el milagro de un Belén tan real y tan hermoso como sólo es capaz de levantar el arte de su gente. Olivares de las primitivas hermandades con sus más sentidas devociones, la hermandad del hospital fundada por el primer conde de Olivares para rendir culto a la Santa Vera Cruz y Preciosa Sangre de Jesucristo y a Ntra Señora de la Antigua y la Hermandad de Ntro Padre Jesús Nazareno y Ntra Sra de los Dolores en su Soledad, hermosa Piedad

herida y este año consolada por la cercanía del mejor hermano, el que tanto la quiso en vida y que esta primavera compartirá ya con Ella del gozo de los bienaventurados.

Olivares tradicional y mariana en los nombres de Santa María del Álamo, brote de amor en las entrañas de su alma; María Santísima del Rocío, medalla, hermandad y camino olivareño, el más corto, a las marismas del cielo; Vírgenes de la Antigua y de la Soledad, historia y vida de Olivares; Madre Santísima de los Dolores, corazón de Olivares traspasado de emociones y de lágrimas; Santa María de las Nieves, milagro de amor, madre y patrona que de Roma llegó con el regalo de su imagen y la de su Hijo y con uno de los mayores relicarios de la cristiandad.

Para conocerte y para amarte, Olivares, entré en la antigua capilla, hoy monumental Colegiata y quedé sobrecogido entre las veinte estílitos de mármol que sostienen el peso de tu fe. Me arrodillé frente al manifestador de la Capilla sacramental para pedirle a Jesús en el Sagrario por todos los olivareños, especialmente por los que me encomendó cuidar y luego, muy despacio fui recorriendo las naves y las capillas deteniéndome en todos los altares. Allí recé un Ave María a la Virgen del Álamo, Madre Admirable que alumbró y que alimentó la fe primera de su pueblo; a la Virgen del Rosario que descansa sobre su media luna de plata mientras escucha a Gabriel anunciándole el exacto perfil de su belleza; a la Virgen del Carmen a cuyo escapulario los olivareños siempre encomendaron las almas de sus difuntos; a la Divina Pastora de las almas, devoción antigua sevillana extendida por los hijos de San Francisco hasta el otro lado del océano. Con silencio y recogimiento entré en la capilla de las Reliquias por las que tuvo lugar la fundación de este santuario. En la Colegial se me reveló, contemplando y compartiendo la era más florida de su historia, lo que tuvo que ser, lo que es y lo que puede llegar a ser este pueblo tocado por la gracia de Dios libre y señor de su fe y de su vida; este pueblo visitado por María que ahora comprendo quisiera quedarse aquí definitivamente escondida en la espesura de sus álamos o cubierta por un manto de blancura, pero siempre acogida y venerada como Madre y Señora de los olivareños con cada uno de los títulos con los que este pueblo la nombra y le reza pero sobre todos con el nombre más querido de Virgen de las Nieves, la Madre blanca que del Esquilino llegó para inflamar los corazones de sus hijos y encender en ellos una hoguera de amor que lleva ardiendo cinco siglos.

Oí una historia una vez, no se donde, tal vez era la voz de mi propio corazón la que me la contaba; decía que hace muchos, muchos años...

Llegó un poeta a Olivares
preguntándole a la gente
tres preguntas que en el mundo
nadie sabía responderle.
Una era si existía
una esperanza tan fuerte
que fuese en la noche oscura
ancla donde sostenerse.
Otra si había por ventura
una verdad suficiente
que por sí misma explicara
toda la vida y la muerte
y si sabía de algún niño
que siempre estuviese alegre
que nada y nadie pudiera
herirlo ni entristecerle.
Venía el poeta de lejos
llorando su mala suerte
pues nadie supo decirle
en oriente ni occidente
qué hubiera esas maravillas
o creyera que existiesen.
Llegó subiendo la cuesta
de los olivares verdes,
traía cansados los pies
y el alma triste y doliente.
Se detuvo en una plaza
para beber de una fuente
y una mujer que llegaba
con sus cántaros al verle
compadecida le dio
agua y pan y así que fuese
por sentirse agradecido,
por el azar o la suerte
o porque Dios lo quería
que es lo más posible siempre,
el tal poeta pidió
a la mujer le dijese
si en el pueblo aquel sabrían
sus tres dudas resolverle.
Le formuló las preguntas
que ella escuchó atentamente
y sin dejarlo acabar,
con el gesto sonriente
le dijo: Déle usted gracias
a Dios que quiso traerle

hasta aquí porque Olivares
bien sabe el Señor que tiene
esas tres cosas que busca
y si su merced lo quiere
se las digo en un momento
porque su alma se alegre.
Si para sus noches busca
una esperanza tan fuerte,
tiene mi pueblo una cruz
y un hombre que la sostiene
con todo el poder de Dios
por más dolores que lleve.
Si la verdad solicita
la verdad aquí la tiene,
la llaman la Veracruz
pues sólo en ella se entiende,
aunque esté crucificada,
toda la vida y la muerte.
Y ese niño que usted dice,
ese niño que usted quiere
que siempre esté sonriendo,
venga usted señor a verle
que está aquí, tras esa puerta
siempre niño, siempre alegre
por los siglos de los siglos,
nunca llora y nunca crece
es un milagro de Dios
y así lo dice la gente
que es Dios mismo que ha querido
ser un niño eternamente
para vivir en los brazos
de la Virgen de las Nieves.

SEMANA SANTA DE OLIVARES

Hay mil razones, todas ellas buenas y hermosas para subir desde Sevilla a Olivares, especialmente en este tiempo claro que nos acelera el corazón y nos renueva la vida

Aljarafe sevillano, cielo azul con casas blancas
y una sonrisa, Olivares, que se te mete en el alma.

Llegar hasta aquí recreándonos en la suave ondulación de este paisaje y el temprano despertar de los campos con el rocío goteando en los pétalos abiertos de las margaritas, la cuaresma apuntando en los primeros lirios y los olivos prendiendo su incensario con las brasas encendidas de las amapolas. Asomarse al balcón del Aljarafe y

contemplar el valle con lo que la mirada alcanza desde un vuelo de altos siglos. Cruzar los arcos del tiempo y llegar hasta la Plaza que un día viera tantas maravillas para respirar muy hondo y llenar el alma con la dulzura del azahar temprano. Alzar luego la mirada al azul luminoso y más brillante y dejarla luego caer, como si de alondras o palomas se tratara hasta el nido del pretil del campanario. Besar el cielo con los ojos y también los pétalos del suelo y dar gracias a Dios por el milagro de la fiel puntualidad de los naranjos y su primera inmolación de primavera.

Me estremezco sólo con pensarlo pero es así, vuestro pasado invita a soñar despierto y detiene el tiempo en la hora más florida de vuestra historia y llegamos a creer que verdaderamente estuvimos una vez aquí en la estrecha calle solitaria con los ojos del alma contemplando, la noche del Jueves Santo, la antigua cofradía de penitentes con sus túnicas y capirotos regresando en silencio al hospital sin más música que sus pasos, ni más palabras que sus rezos. Contemplándola se siente el dolor de la muerte de Cristo, se vive realmente la penitencia. Delante el mayordomo con la “seña negra” escoltada por faroles y detrás un lento cortejo de disciplinantes y hermanos de luz acompañando al alto crucifijo sin más flores que la sangre, sin más compañía que la muerte. Toda la emoción y toda la fuerza del barroco toman cuerpo en este viejo rincón de la ciudad y a su cita concurren aldeanos y caballeros, la humildad y la nobleza, el clero y el pueblo, la fe y el sentimiento. Valdés Leal, Roelas y demás maestros en estos sueños se inspiraron. La campana calla en duelo de vísperas, pasa el preste enlutado y en su mano una vela amarilla. Cuando la procesión se marcha sólo queda la soledad del Viernes Santo.

Los cofrades nos emocionamos contemplando fotografías de los altares de culto de hace apenas medio siglo, el terciopelo oscuro y terso, la cera alta y bien alineada y las flores excatas y en su sitio como aprendieron de sus maestros y los priostes de antaño pero no dejo de pensar en la maravilla que debió ser la Semana Santa de Olivares cuando era todo exactamente así, como nosotros ahora ingenuamente imaginamos creyendo que de verdad lo hemos vivido cuando ni siquiera hemos sido capaces de rozar un sueño.

La ciudad muda se alimenta de silencio, un silencio absoluto de ayuno y penitencia que romperá al filo de de la tarde la matraca de la Colegial anunciando el

Sermón del Descendimiento. El cuerpo muerto de Jesús ha sido depositado en una urna y a su lado llora desconsolada la Virgen de la Soledad. ¿Os imagináis por un momento lo que tuvo que ser esta iglesia oscurecida y en sombras, sin más luz que un tenebrario, el tenue parpadeo de la escasa cera de las capillas y este retablo encendido como un calvario de luz?

En el último amor te has vaciado
y dejando los labios entreabiertos
por tu pecho de miel se ha derramado
el dolor que ha expirado con tu cuerpo
La llamada de Dios te ha arrebatado
la carne del oscuro sufrimiento
y tus ojos el cielo han traspasado
en ansias de volver al Ser Eterno

Entre lienzos, Jesús, tu cuerpo inerte
destila en el final de su agonía
todo el amor de Dios. ¡Bendita suerte
poder llegar al Padre en este día
y ser Hijos de Dios en la alegría
del alma que esperó tan Buena Muerte

MIS NAZARENOS

El alto honor de ser vuestro pregonero se lo debo en realidad a Concha la de Fragua que gracias a Dios y después del susto de la función del Cristo, está hoy aquí con nosotros. Concha, hoy estoy aquí por ti, por tu amor a la Virgen de los Dolores y porque que me pediste un día un Pregón para tu Hermandad. Para tí el amor a Jesús y a María no tiene tiempo ni distancia y si tú ¿cuántos años ya? sigues bajando los lunes a Sevilla para rezarle al Stmo Cristo de la Caridad de Santa Marta. ¿Cómo no iba yo a subir a Olivares para decir el pregón de su Hermandad?

Yo nací y me crié lejos de aquí, a la orilla del Guadaíra, con más pinares que olivos y desde hace años vivo anclado a una Esperanza que guarda mi familia y mi vida a la vera del Guadalquivir. Poco sé de vuestra Semana Santa pero fue el mismo Jesús con la cruz a cuestas, Señor de Olivares, Alcalá, Triana y todo el universo, el que quiso hacerme su Nazareno y me llamó a acompañarlo en las madrugadas de Triana y de Alcalá y esa es una gracia que te marca para siempre, una fuerza con la que mi corazón vibra con solo sentirme cerca de una imagen de Nuestro Padre Jesús. Por eso ahora, ante ustedes pero también a su lado y adelantando, como es misión del pregonero, la emoción sublime de su figura bendita avanzando al paso de sus costaleros por la noche

eterna de su pueblo siento en mis labios el fuego con el que ardía mi corazón sobrecogido. Y por este Jesús de Olivares y de todo el universo, Hijo de Dios y hermano nuestro, Señor del tiempo y de la historia, principio y fin de todas las cosas, hago mi primera levánta con el martillo de una oración que sigue siendo y mientras El lo quiera lo será siempre el primero y el mejor pregón de mi vida.

Aunque sea sólo por eso,
por ir contigo esta noche,
yo quiero ser nazareno
y acompañarte en el paso
de tu cruz y tu silencio.
Por ver tus manos benditas
abrazadas al madero,
por pisar donde tu pisas,
pro ablandar este suelo
de un pueblo que te esperaba
por los postigos del sueño.
Por sentir la madrugada
atravesando tu cuerpo,
por iluminar la sombra
con la cera de mis rezos,
por consumirme contigo
cuando el día va amaneciendo
y el rocío de la mañana
va empapando tus cabellos.
Por detenerme a la orilla
de tu rostro descompuesto;
por quitar una por una
las espinas que te hirieron,
por ver tu amor destruirse
bajo el sol de nuestros cerros;
por el llanto de tu Madre
en alcores sin consuelo.
Por ser tu hermano, tu amigo,
por hacer de cirineo,
llevando en la noche al hombro
el dolor de nuestro pueblo.
Por el hambre y la miseria,
por la herida del enfermo,
por los que ignoran tu muerte,
por los que no te siguieron
y por todos mis pecados,
aunque se que no merezco
ni caminar a tu paso,
¡aunque sea solo por eso,
por ir contigo esta noche,
yo quiero ser nazareno!

LA CALLE DE LOS DOLORES

Algo grande y difícil de explicar, algo que aunque parezca extraño es tan común y real como la propia vida, un feliz abrazo del dolor y la alegría, inspira esta noche al pregonero. Fue en la calle de la amargura donde hace ya muchos años me encontré una madrugada con una enferma olivareña; ella iba cargada con su cruz y esa noche yo fui su Cirineo. Esto sucedió hace tiempo y más tiempo aún es el que llevo ejerciendo la medicina pero ha tenido que ser aquí y ahora, en Olivares y preparando su Pregón de Semana Santa cuando he llegado a descubrir el singular parecido de la enfermedad y la noche, del sufrimiento y la madrugada, del dolor divino y del dolor humano, del hospital y el Viernes Santo. Cuando en la noche unida y misteriosa, concentrando todas las miradas y acompañado por sus hermanos penitentes pasa Jesús Nazareno y tras El, compartiendo toda su amargura y la angustia de no poder abrazarlo, el corazón traspasado de la Virgen de los Dolores.

¡Qué tristeza! ¡Qué pálida amargura
hay en tu rostro! Sollozo atravesado
por la herida de Dios. Un llanto helado
va inundando de luna tu hermosura.
Limpia escarcha de amor sobre la oscura
huella del dolor del Nazareno.
Se esconde el azahar. No quiso el cielo
detener el puñal sobre tu herida.
Ya se marcha la muerte con la Vida.
Ya se llevan tu Amor de madrugada.
Ya la noche se cierra en agonía.
Va muriendo Jesús, llora María
y la luna llorando en su mirada

¡Qué iguales son las calles de la enfermedad y la madrugada! Estrechas y oscuras como el dolor cuando las pasas de noche pero al contacto con el sol se transfiguran como el semblante de una mujer curada y aparecen blancas y llenas de luz. Esquinas difíciles de superar para todo el que vaya cargado de sufrimientos, preguntadle si no a los costaleros, pero dulces y ligeras cuando se lleva a hombros la esperanza. Esa es nuestra gracia y así queremos que los varales del dolor sorteen las puertas difíciles que es cualquier enfermedad: el cuerpo a tierra sosteniendo el peso frágil de la humanidad herida, limpia, intacta, sin quebrarse. Andando sobre los pies del sacrificio, el paso firme, la mirada al frente, las velas de la fe encendidas, vemos al dolor

consumirse como la cera de una candelería y como la Madre que salió de noche y llorosa, regresar de nuevo a casa anunciando con la aurora su alegría.

Estaba allí el dolor y estaba en Ella
la noche clavando sus puñales
y estaban en sus ojos celestiales
llorando la luna y las estrellas.
Estaba allí María y estaba en Ella
palpitante el temblor del firmamento.
¡Qué jazmín en su rostro aquel lamento
de inocencia perdido en Olivares!
Espacio, doliente de hermosura
fue abriéndose la noche en resplandores
el fuego de su paso se acercaba
y el pueblo en silencio le rezaba
llorando también con sus dolores

Toda la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, pero muy especialmente la enfermedad es un permanente encuentro con Dios. Día tras día el hombre y Dios vuelven a jugar al escondite pero siempre es El el que sale con su cruz a costas a buscarnos por las calles oscuras de nuestra vida y las noches de nuestros miedos. Siempre, siempre es El el que da el primer paso. También en Semana Santa con todo el pueblo esperando su llegada, cuando parece que somos nosotros los que lo buscamos, es El, el Señor, quien en realidad sale a buscarnos a nosotros. Cuando el reloj del Viernes Santo dé las diez de la noche llamando a rebato y tú te lances a la calle para encontrarte con Jesús, no pienses olivareño que llevas tú la iniciativa. Es El, con su cruz al hombro, este año plateada por un amor de siglos, quien te está buscando a ti. ¿Dónde estás? te preguntará en la oscuridad de la noche su clara mirada, sin desengaños. ¿Dónde estás? repetirá la soledad del Sagrario con voz amorosa, sin reproches.

Y en este encuentro obligado de Dios y el hombre que es la calle del dolor, siempre está presente María, la Madre traspasada, junto al Hijo que es nuestra única esperanza. En la pasión y en la agonía de Dios y de los hombres, el sufrimiento es la calle de la amargura en la que invariablemente, María y Jesús se encuentran.

Herido va el dolor. Lloran claveles
sangre inocente vertida en tu rezago,
la misma muerte, llorando entre tus brazos
te van empañando de mirtos y de nieve

Herido va el rosal; nadie se atreve
a tocar esa espina atravesada
Herida va tu carne enamorada
Herida la inocencia y la ternura
Herido va el amor y la hermosura,
el aire, el jardín, los ruireñores
Herida va Olivares y afligida.
Herido está el cielo en tus heridas.
Herido el universo en tus dolores.

En el camino del dolor siempre se encuentra a Jesús, allí lo encontró María, madre cercana a la que ningún dolor de sus hijos le es ajeno. Por eso agradecidos le decimos esta noche

Reina de los Dolores.

De todos los dolores de todos los hombres, de la enfermedad y de la muerte.

Ruega por todos nosotros y por nuestros enfermos

Tú que no nos abandonaste en las manos de la muerte y permaneciste velando en la puerta del sepulcro

Tú que fuiste la esperanza del Espíritu la mañana de Pentecostés intercede ante tu Hijo para que nuestras Hermandades y Cofradías lleguen a ser auténticas comunidades de amor sanante.

Ayuda a tu Hermandad de Olivares a dar testimonio de Salud y de Vida todos los Viernes Santos y todos los días del año en sus cultos y en su vida

Semana Santa

Con la cruz sobre el hombro,
a su destino,
va un cordero a la muerte
por redimirnos.
Es pesada es la carga,
largo el camino
y más larga la pena
que le afligimos

Por la calle del Pozo,
la luna alta,
yo lo ví un Viernes Santo
de madrugada.
No podía con la cruz,
detrás llevaba
a Simón de Cirene
que lo ayudaba

Hay un Cristo clavado
en Olivares
en una cruz que dice
solo verdades
Ha bajado del cielo
para decirnos
soy tu hermano y que muere
por redimirnos

Una Madre llorosa
el Jueves Santo
va buscando a su Hijo
que han condenado.
Madre mía de la Antigua
son tus pesares
como espinas clavadas
en Olivares

El naranjo
se llena de resplandores
cuando pasa la Virgen
de los Dolores.
Va llorando entre aromas
de incienso y flores
y en su llanto suspiran
los ruseñores.

Tras la esquina cerrada
se oyen saetas
y a María tras su Hijo
llorar de pena.
Madre, dice Olivares,
no llores más
mañana lo veremos
resucitar.

Con cuatro palabras se escribe una vida y en cuatro palabras se dice un pregón. Con cuatro palabras podemos explicar la Pasión de Dios y la pasión del hombre siempre y cuando esas palabras sean: DOLORES, SOLEDAD, VERDAD Y CONSUELO. Ellas encierran en todos sus significados el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús que celebramos como un argumento, un guión único y definitivo que comienza con el gozo de los ramos de olivo recibiendo al que viene en el nombre del Señor y que acaba en el olivar callado, testigo de su Resurrección. En medio el cenáculo donde comieron juntos la traición y el amor; el Getsemaní donde velaron juntos la oración y la

soledad; la madrugada en la que, aun sin verse, estuvieron más juntos que nunca la Madre y el Hijo; la mañana en la que se juntaron todos los Dolores cuando El caía bajo el peso de la cruz; la tarde que la muerte proclamó su única verdad al contemplar el manantial de la vida y el agua y la sangre brotando juntos de la herida del crucificado; La noche en la que se juntaron todas las soledades y todas las esperanzas reunidas en el corazón de María sosteniendo el cuerpo muerto de su Hijo entre sus brazos; la prueba más fuerte de la fe con el silencio de Dios y el hombre gritando juntos ante la sepultura de Jesús; el consuelo de otro amanecer y una luz nueva entrando a raudales en el milagro de un sepulcro vacío y el rostro de María, blanco de nieve sonriendo, ahora sí, y mostrándonos en sus brazos la alumbrada pascua de una vida que sabe no tendrá fin.

Dolores

En la noche cerrada del Viernes Santo la ciudad se reúne alrededor de la plaza cuando la luna está más alta y aparece cómo una gota redonda de cera suspendida en lo alto del campanario. Allí espera el paso de la Señora para volver a contemplar, aunque sea solo por esta noche, el primer reflejo del Paraíso balbuciendo como cánticos de Gloria y resplandores en el techo del palio de la Virgen de los Dolores en su Soledad. Con Ella, la naturaleza se transforma por la gracia y transportada por la visión de esa luna, echa a volar los sueños más sublimes del alma nazarena olivareña.

Ya se ha cerrado la noche sobre las calles estrechas
y se pierde con el aire el gritar de las cornetas.
¿Quién dijo que no es la luna una naranja de seda,
una camelia prendida en una mantilla negra?
¿Quién dijo que en Parasceve la luna no es otra tierra
dónde los ángeles lloran sus letanías de tinieblas?
¿Quién dijo que no es la luna es hostia de inocencia
con que comulga Olivares en un cáliz de azucenas?
Ya se ha cerrado la noche sobre las calles estrechas,
la luna en el firmamento deja redonda su huella
y detrás se va elevando hasta el cielo una saeta.

Guarda Olivares su alma
en una plaza cuadrada
por la que pasa la Virgen
un viernes de madrugada.
Un escuadrón de naranjos,
centinelas que la guardan,
al paso de la Señora
presentan sus flores blancas

y una bandera en lo alto
de la torre centenaria
anuncia duelos de muerte
encogida a media asta.
Los luceros de la noche
prenden antorchas de plata
en la callejuela estrecha
y el cristal de las ventanas
donde refleja su llanto
la madre desconsolada.
Silenciosos nazarenos
van sumando gotas pálidas
de cera al suelo sembrado
de tantas Semanas Santas,
de tanta vela encendida
en las manos y en el alma.
La Virgen de los Dolores,
bajo palio y enlutada,
viene con el corazón
herido de siete espadas,
ensimismada en su pena,
tocada de luna pálida
y debajo de sus ojos
un firmamento de lágrimas.
Ya todo es cielo en la calle,
el palio noche estrellada,
las flores jardín celeste,
el incienso una galaxia
de aromas y eternidades
de oraciones y miradas
elevándose hasta Ella
entre varales de plata
mientras que los costaleros
la van llevando en volandas
como a una enferma a la Virgen
herida de siete espadas.
En la esquina el corazón
de la noche se desata,
las callejuelas son venas
que en la soledad desaguan,
de sangre de soledades
Olivares se desangra,
con un verdeo de dolores
se nos anuncia la Pascua.
En los arcos entornados
por donde se entra a su alma
es un silencio el latido
del corazón que desgarran
las saetas desclavando
los clavos que la traspasan.

Ya se abrió como una rosa
el pueblo entero en la plaza
los pétalos son promesas,
las espinas esperanzas;
la vuelta del caracol
con las colas derramadas
es dolor de nazarenos,
rito de siglos, nostalgia
es genuflexión del pueblo
es reverencia del alma
de Olivares a su Virgen
el viernes de madrugada.

Soledad

En el reloj de la memoria de cada Semana Santa, las manecillas dibujan siempre la imagen de una cruz de guía avanzando parsimoniosamente por las calles de la ciudad; una cruz vacía sobre la que el mismo Dios nace, vive, muere, resucita y permanece y junto a él, a los pies de la cruz de cada hombre en los diversos avatares de su vida, siempre está tu Soledad.

Volveréis este año a la calle Blas Infante a ver pasar la Soledad de quien tanto la amó y le dio su vida, donde siempre su alma la esperaba y si alguien os pregunta al volver ¿Qué sentísteis? les diréis:

Allí estaba María, la Virgen llena de Gracia pero no era la Soledad porque el Señor seguía estando con Ella.

Allí estaba María, la Esclava del Señor pero no era la Soledad porque seguía siendo Bienaventurada entre todas las generaciones.

Allí estaba María la niña de Nazareth pero no era la Soledad porque seguía siendo la más bendita entre todas las mujeres

Allí estaba María, la Virgen y Madre de Belén pero no era la Soledad porque su Hijo seguía llamándose Dios con nosotros.

La noche del Viernes Santo veréis pasar a la Virgen de los Dolores junto al cuerpo muerto de Jesús pero no estará en Soledad porque con Ella iluminado por la misma cera veréis a Pedro el de Abundio y a sus hermanos de Olivares rezando a Dios por él.

La Soledad es un nombre y un misterio. Rezadle sí por su recuerdo pero creedme, es la fe pero os habla el corazón, el Viernes Santo no hay más soledad en las calles de Olivares que la propia muerte pensativa, despojo de la Cruz, meditando su fracaso y su impotencia. La soledad, como la muerte son solo un sentimiento, un nombre, un llanto o un misterio. Para el que está con Dios la soledad no existe.

La soledad es lo que a nosotros nos queda cuando la soledad se marcha, el incienso que se esfuma, el aroma que se pierde, la cera que se apaga, el último golpe del llamador, la última chicotá, la puerta que se cierra, la última mirada, una oración por el amigo que se fue, un recuerdo, una lágrima...Eso es la soledad.

Santísima Virgen de los Dolores, este Viernes Santo pasarás de nuevo por nuestras calles pero a tu lado irá otro hijo tuyo, nuestro hermano Pedro, el que más te quería en Olivares.

¿Qué altar de cultos te habrá hecho
que dure una eternidad?
¿Qué flores te pondrá Señora
para que al verte llorar
no se entristezcan los ángeles
ni el cielo turbe su paz?
Cuando pases bajo palio
con todo el pueblo detrás
¿En qué balcón de la gloria
de noche te esperará?
No lo sé pero ¡Ay amigo!
estés donde estés contigo
siempre irá la Soledad
Olivares soñará
¡Ay! Otro Viernes con Ella
y mirando las estrellas
seguro te buscará.
Detrás del manto se irá
lo mismo que tú lo hacías
diciendo lo que decías:
Ya pasó la Soledad.
Ya pasó la Soledad
y su hijo se ha dormido
junto a las flores vencido
de tanto y tanto esperar.
Ya pasó la Soledad
y su hijo iba a su vera
entreteniéndola esa cera

que no se quiere apagar
Hacia su casa ligera
lo llevó la Soledad
pero sé que volverá
otra nueva primavera.

Verdad

Desde la ceniza en la frente del primer miércoles de Cuaresma hasta el pino alto del campanario en la Vigilia Pascual. nuestra memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo está llena de profundas, íntimas y sensibles verdades que acompañando la vida y el misterio completan y exceden el sentir nazareno y la propia fuerza de la religiosidad popular.

Cada amanecer que despertamos contando los días que faltan para el Domingo de Ramos. El eco de cornetas y tambores ensayando, la primera convocatoria de cultos aún mojada sobre la cal, el primer Vía Crucis con el frío todavía calándote las entrañas, la primera cera fundida, las flores nuevas, la plata limpia y reestrenada, la papeleta de sitio, el septenario, la función principal, un beso sobre el evangelio y la mano sobre las reglas de la Hermandad, abuelos, padres, hijos y nietos haciendo la protestación de fe; el alcanfor de la túnica guardada, el cingulo plegado, el escudo envuelto en el más suave papel y la madre con la plancha acariciando ese trozo de amor con vida propia que es la ropa de todo nazareno. El rito de vestirse a la hora justa de Getsemaní con la ciudad en su nombre sintiéndose protagonista de un acontecimiento único y decisivo y la agonía de Dios sudando sangre al pie de los olivos, reclinatorios estremecidos por el dolor de Jesús. La cola ceñida a la cintura solo lo estricto y necesario que ella también tiene su verdad y habrá de pronunciarse en su momento cuando llegue la vuelta del caracol. El camino más corto hacia la iglesia, en silencio, deprisa y con el capirote puesto; el primer Padre Nuestro ante Jesús ofreciéndole otro año la Estación; la primera Ave María a la Señora que cada Viernes Santo tiene una lágrima más en sus ojos por el hermano que ya nunca volverá. El primer golpe del martillo llamando a la gente del costal, el segundo, el tercero, tres verdades y el paso arriba, un roce de alpargatas en el suelo y en los muros temblando un resplandor de cirios encendidos que se marchan buscando oscuridades; esa es otra verdad. Y la del cielo al ver la Cruz de Guía, solo madera, sin el cuerpo de Jesús crucificado y el Credo que pronuncia con el pueblo, es la noche sabed del Viernes Santo, gran verdad, acaba de morir y ya sabemos que en la cruz no hay despojos y no

hay nada, ni muerte, ni dolor ni sufrimiento, la cruz es un paso por la vida y quien pasó y ahora la trae sobre su hombro, ahora vive porque ha resucitado.

Y nos habla. De todas las verdades que proclamamos y prometemos los cofrades en Semana Santa, desde el pregonero al contraguía solo tienen valor las que oímos en los labios de Jesús: *“Esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces”* *“¿Acaso no pudisteis velar ni una hora conmigo?”* *“Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”*. *“Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”*. *“Mujer ahí tienes a tu hijo, hijo ahí tienes a tu madre”*.

En un mundo acostumbrado a la mentira, al hombre no le importa nacer y morir mintiendo y disfruta si se despierta y se duerme con mentiras, si es que eso lo tranquiliza; el hombre, por no sufrir, se engaña y respira y se alimenta de mentiras y le llama mentira a la verdad cuando dice que Dios no existe y que no son hijos suyos las criaturas que no dejan nacer y así el hombre y la mujer de hoy se creen sus propias verdades hechas de mentiras y viven enganchados a sus mentiras como si se tratase de una droga.

La verdad para el cristiano es Jesús Crucificado, la única medida para la vida del hombre. Jesús Nazareno que sube hasta el Calvario llamando uno a uno a todos sus penitentes para decirles: *“El que quiera venir en pos de mí que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga”*. El dolor de Dios mismo cargado con nuestros pecados es el acto de fe más sublime y la verdad suprema de la Semana Santa

TU, QUE DICES QUE ME AMAS
TOMA MI CRUZ NAZARENO
QUE ESTA NOCHE INTERMINABLE
DEL ALMA VA CONSUMIENDO
LOS HACHONES ENCENDIDOS
Y EN EL FONDO DE MI PECHO,
RENDIDO DE TANTO AMARTE,
MI AMOR SE VA OSCURECIENDO,
TU QUE DICES QUE ME AMAS
TOMA MI CRUZ NAZARENO,
EL PADRE NO QUISO OÍRME
ME HA ABANDONADO MI PUEBLO
SOLO ME QUEDAN TUS BRAZOS
PARA HACER DE CIRINEO

QUE ALIVIE EN TAN DURA
CARGA LA TERNURA DE MIS HUESOS
ACOMPARA HERMANO MÍO
EL CAMINO DE SILENCIO
DE MI ESTACIÓN QUE SE ACABA
AL PASO QUE VOY SUBIENDO
LA CALLE DE LA AMARGURA
CON ANDAR CANSADO Y LENTO,
TU QUE DICES QUE ME AMAS
TOMA MI CRUZ NAZARENO
QUE LAS ESPINAS ME HIEREN
QUE MIS OJOS ESTÁN CIEGOS
QUE SE ME ESCAPA LA VIDA
POR LAS LLAGAS DE MI CUERPO
Y YA HE CAÍDO TRES VECES
BAJO EL PESO DEL MADERO,
SI DICES QUE ERES MI HERMANO
LEVÁNTAME COSTALERO
QUE SE ACABA LA JORNADA
Y YO SOLO YA NO PUEDO.
QUE EN MI ROSTRO DOLORIDO
EN MI SANGRE, EN MI TORMENTO,
EN MIS HERIDAS ABIERTAS,
EN ESTE MORIR ESTRECHO
NO ME ESTOY MURIENDO SOLO,
QUE DE TANTO QUE LOS QUIERO
LOS QUE LLORAN EN EL MUNDO
CONMIGO SE ESTÁN MURIENDO.
NO DEJES HERMANO MIÓ
QUE LOS RINDA EL SUFRIMIENTO
QUE EL HAMBRE QUEME SUS LABIOS
QUE EL LLANTO LOS DEJE CIEGOS
QUE SE PIERDAN SUS PALABRAS
EN UN MURO DE SILENCIO.
NO DEJES HERMANO MIÓ
QUE CAIGAN BAJO EL MADERO
DE LA INJUSTICIA DEL HOMBRE
DE LA CRUELDAD DEL DINERO
DE LA SOLEDAD AMARGA
DE MORIR SIN COMPAÑERO.
QUE NO ESTOY MURIENDO SOLO
QUE EN MI MUERTE ESTA MURIENDO
LA AMARGURA DE OLIVARES
ATRAVESADA EN MI PECHO
RENDIDO, DE TANTO AMARLA,
MI AMOR SE VA OSCURECIENDO
SI DICES QUE ERES MI HERMANO
TOMA MI CRUZ, NAZARENO.

Consuelo

Todo va terminando, también el pregón y la memoria. Ya se anuncia la luz y los ojos del alma, preparados, se disponen a contemplar el milagro de un sepulcro vacío. ¡Bendita sea la santa expiración de Aquel que nos trae la vida eterna!.

Con el cuerpo desencajado y roto nos volvemos a levantar soñando, anoche la oímos por última vez, con la marcha “Soleá dame la mano”. ¡Qué lejos parece ya la Semana Santa!, tanto que ni el cansancio lo sentimos cerca. Ahora que nos falta un año para volver a ella no me duelen el esfuerzo ni las lágrimas; me pesa mucho más la nostalgia del azahar y los tambores y el tiempo que ha de pasar hasta volver a escucharlos. La ciudad luminosa del Domingo Pascual es un hervidero de recuerdos y añoranzas. En los templos la cera consumida dejó su huella chorreando sobre la plata de la candelera y junto a la lámpara encendida del Sagrario una voz que promete constantemente

HERMANO MÍO QUE HAS CREÍDO
A ESTE CIELO DE OLIVARES
TE VOY A LLEVAR CONMIGO

No hay muerte, nunca hay muerte decía Gabriel Miró. La alegría prende de las almas cuando se sienten amadas y aman y son eternas.

Me despido en el mismo lugar donde empecé, aquí en la Colegiata, en su trascoro y a los pies de María Santísima de los Dolores donde pongo del dolor de todos los que sufren y de todos los que mueren. Ayúdame Señora a consolarlo y a ellos consuélalos con tus lágrimas. Tú que has sido, eres y serás siempre el mejor consuelo de tus hijos de Olivares

Madre en el Monte Calvario
en la gracia y en la pena
en los dolores que expiran
y en la soledad que queda
en la vida que termina
y en la que más se desea
en el vacío de la muerte
y en el cielo que se espera,
en la cruz del Viernes Santo
a la hora verdadera
donde todo se consuma,

se pronuncia y se revela:
la Palabra y el silencio
la pregunta y la respuesta
la omnipotencia del Padre
y la criatura indefensa
Gabriel y el Hijo del Hombre
hablando la misma lengua
un idéntico saludo
para una sola respuesta:
“Hágase tu voluntad
en el cielo y en la tierra”
Virgen del Monte más alto
de la fe más alta, sierra
del amor más alto, eco
de la voz más verdadera
del Creador, la concebida
pura, sin mancha, perfecta,
inmaculada y herida
con sudario y con estrellas
con corona y con espada
con espinas y azucenas,
con arcángeles y lágrimas
celestial y nazarena,
madre de la última hora
y madre en la luz primera
a los dos lados del tiempo
madre de la vida nueva,
seno y descanso del hombre,
bendición de Dios que llena
la gloria de humanidad
y de santidad la tierra
Madre del Monte Calvario
esta extraña primavera
de mi vida entre tus manos
he dejado mi tristeza
en el azul terciopelo
de tu altísima belleza
en la que vivos y muertos,
la pena y la paz se alegran
Señora del Viernes Santo
aguárdame otra cuaresma
que ponga mi cruz de guía
en el cancel de tu puerta
y cuando llegue mi hora
y acabe mi penitencia
toma en tus brazos mi alma
y de mi calvario vuela
hasta el descanso del Padre
donde el Amor nos espera

HE DICHO